

Rafael García Pérez es profesor (en la Universidad Carlos III de Madrid) y poeta (allá donde está) a partes iguales. Especializado en una materia tan metálica como la lingüística informática, políglota a medio camino, durante años, entre *su* París y *su* Reykjavíc (porque Rafael García debe ser uno de los diez españoles que lee con espantosa soltura la lengua de las sagas y hasta la habla), este hombre es como poeta el último romántico. Entre la experiencia y la *experiencia* Rafael nos deja ahora tres de sus poemas. Los dos primeros pertenecen a *Humo*, que escribió envuelto en girones de niebla, en su espelunca parisina. El último, donde ensaya nuevas formas y nuevas sensaciones, pertenece al tono de su último libro, todavía en ciernes y sin título.

Hace un mes escribí mi último verso.
 Ni una sola palabra, desde entonces,
 plasmada he dejado en estas hojas.
 Y esta tarde tornadiza de nubes
 y viento húmedo de primavera
 siembro sin fruto en campos de ceniza,
 y penetra el silencio de tristeza.
 Pero hoy no siento dolor, ni siquiera
 espero un alba incierta y más propicia.
 Con el mismo cansancio de la tierra
 me entrego al cielo en su incendio final
 y releo otros poemas, compuestos
 en días fecundos, cuyas imágenes
 apenas perviven en mi memoria.
 Y me pregunto entonces
 por el tiempo gastado entre palabras
 que se extinguen al ritmo de mi vida.
 Pues, ¿de qué me servirán tantos versos
 cuando ya no conserve ni mi sombra?

 Quién sabe por qué sigo en este juego,
 por qué recojo las conchas que arroja
 la marea a la playa solitaria,
 por qué aún me fascina el oleaje

irreprimible de los versos,
 su vaivén encantado.
 Quién sabe por qué sigo en este juego
 mientras afuera es de noche, y la lluvia
 empapa las aceras
 y los árboles que estiran sus brazos
 ateridos, como hierba escarchada,
 como hierba escarchada en el invierno.
 Quién sabe por qué sopla el vendaval
 arrancando mis lágrimas,
 por qué me tiembla aún el corazón.

Canción para un crepúsculo de primavera

El día ha galopado sobre la playa fina de las horas
 y hemos sentido instalarse en las comisuras de los labios
 los granitos de arena que levantan sus cascos, húmedos de sal,
 aunque no hemos visto la espuma en su hocico, ni las gotas de sudor
 resbalar por su lomo, ni el color de su cola que tal vez ondeaba en el viento,
 y cuando salimos al jardín aún prolonga el día su carrera,
 demorándose más que de costumbre en las últimas colinas,
 y sabemos que son casi las ocho, que los trenes van quedando vacíos,
 pero la luz es una lánguida muchacha que recuesta su cabeza en el horizonte,
 y es tan hermosa que sólo deseamos tendernos a su lado, respirar como respira,
 contagiarnos con su aliento de la misma muerte que ahora insiste
 para que cerremos los ojos, y verdaderamente sólo queremos dormir entre sus muslos,
 morir con el aroma de su sexo en nuestras fosas nasales.
 Pero la vida nos empuja a las estaciones de metro,
 un latigazo fantasmal de la nada en las mejillas encendidas.
 Ah, viajaremos por túneles de mortecina desolación
 y, cuando la monstruosa boca nos libere con sus mil lenguas mecánicas,
 la muchacha habrá expirado y quién habrá sorbido el último estremecimiento de sus labios
 nos preguntaremos contemplando inconscientemente las buhardillas-gajo de naranja,
 y entonces advertiremos que el cielo tiene el brillo de las lámparas de cristal
 y que un unicornio de plata llega con la frialdad del mármol
 a retornos como una quimera, a velar el sueño inútil de todos los obreros.